

FERNANDO VALLESPÍN

¿No hay nadie más ahí?

Después de contemplar el debate entre Trump y Biden recordé esa frase final de un conocido chiste, y de la que me he servido para titular esta columna. ¿Cómo es posible que en un país de más de 330 millones de personas, el más poderoso del mundo, se le ofrezca a la ciudadanía una alternativa tan pobre? Elegir entre el mentiroso patológico de Trump y el bueno de Biden, cada vez más

senil, es, desde luego, una elección trágica. Lo matizaré un poco. De Trump ya está casi todo dicho y lo volvió a escenificar en el debate. Es el rey del bulo y el *bullshit*, y ahora se presenta, además, ebrio de sed de venganza y dispuesto a poner patas arriba todo el sistema político estadounidense. No negó siquiera que no fuera a poner en cuestión el resultado electoral si no resultara vencedor. Biden, por el contrario, tiene una trayecto-

ria política impoluta y ha realizado una buena labor como presidente, pero fracasó en lo único que en ese momento importaba, demostrar que se encontraba en óptimas condiciones físicas y mentales. Ezra Klein supo decirlo con claridad meridiana: "Ha demostrado que sabe hacer el trabajo (de presidente), pero es incapaz de escenificarlo (*perform*)". Una cosa es tomar decisiones y otra saber comunicarlas, la clave actual en el ejercicio de la política. Si vivimos en una teatocracia, los actores deben demostrar que saben representar su papel.

Bajo condiciones normales igual no habría importado tanto, cualquiera puede tener un mal día. Pero estamos ante uno de los momentos más delicados en la historia

reciente y, si seguimos el propio discurso demócrata, ante una elección existencial: lo que está en juego es la democracia misma. Encima, Trump domina en las encuestas. ¿No sería lógico, por lo tanto, que pudiéramos todos los medios necesarios para conseguir el objetivo? Es la pregunta que se hacen figuras de renombre como Thomas Friedman o Paul Krugman y el propio comité editorial del *New York Times*, que recomiendan encarecidamente a Biden que se eche a un lado y colabore en la búsqueda de un sustituto. Lo hacen desde el mayor respeto por su figura, pero espoleados por un pánico que apenas pueden ocultar. Por lo que llevamos tras el debate, el viejo presidente no está por la labor y es muy